

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NUMERO SUBLITO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

| PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN | |
|------------------------|----------------------|
| EN MADRID..... | Un mes..... 1 peseta |
| | Trimestre..... 2,50 |
| | Año..... 10 |

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

| PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN | |
|------------------------|-----------------------------|
| EN PROVINCIAS | Un Trimestre..... 3 pesetas |
| | Semestre..... 6 |
| | Año..... 12 |

POLÍTICA REPUBLICANA

LO QUE SE IMPONE

A veces la hipocresía puede ser un bien. Yo creo que los periódicos republicanos hubieran realizado obra de discreción y de prudencia, no dando cuenta a sus lectores de las reuniones celebradas el 11 de Febrero, tanto en Madrid como en provincias, para conmemorar el aniversario de la proclamación de la República en España.

Porque esas reuniones—digámoslo de una vez, sin vanos rodeos,—han sido una verdadera vergüenza.

En ellas hemos demostrado que los republicanos somos impotentes, lo mismo para los hechos de fuerza que para los hechos llamados legales.

No vamos a acusar a nadie. Todos, lo mismo los de arriba que los de abajo, somos responsables de lo que ocurra.

Y hay que buscar un remedio al mal: hay que demostrar a la opinión que los republicanos somos una fuerza y que sólo de nosotros puede esperar la patria su regeneración.

Dejémonos de inútiles discusiones y hagamos alguna vez algo práctico.

La unión revolucionaria, es decir, la unión de todos los republicanos para el hecho de fuerza, prescindiendo o no de sus respectivos programas, se impone.

Esta es la opinión del pueblo, manifestada en todos los tonos y en todas las formas, y hay que respetarla y obedecerla.

Y si somos tan insensatos que no logramos hacerla, mereceremos que la Historia nos maldiga por imbeciles y cobardes.

GABINETE... PARA UN CABALLERO

—¿Qué piensa vuesa merced de la formación de un Gabinete intermedio?

—¿A qué viene ahora esa pregunta, Sancho? Déjame de política menuda, que en otros más altos pensamientos tengo ocupado el ánimo, y Dios no ha de fallarme, negándome su ayuda, para que lleve a término la más famosa empresa que vieron los siglos y celebraron las historias.

—Pues si vuesa merced no me contesta a lo que le he preguntado, me quedará sin respuesta y no podré poner mi anuncio.

Vea vuesa merced cómo tengo redactado el anuncio:

Se necesita un gabinete para un caballero solo, con o sin asistencia.—Dirigirse a la redacción de El Tiempo.

—Vuelvo a decirte que me dejes, Sancho, y que no me atormentes con tus necedades. Pues has de saber, Sancho, que, como ya te he dicho, medito y preparo ahora una nueva salida, dosel y corona de mis glorias.

—Medite vuestra merced lo que gustare; pero no espere mucha fortuna en sus aventuras, que por ahí anda un andante, que es la flor del bien hablar, y da en la gracia de enderezar entuertos, defender viudas y así en otros empeños tales... Digolo por el famoso ca-

ballero del «Guante Blanco», D. Francisco Silvela, y acompañale Rancés, su escudero... chistoso y gracioso, que me da envidia, y con todo, pierden «el tiempo», que no están estos que corren para quijotismos. A favorecer a dicho caballero iba mi anuncio, sino que vuesa merced no lo echa de ver... Para tal caballero pedía yo el gabinete.

—Acaba, Sancho, de decir lo que tuvieres que decir... pues no hay manera de atajarte; así, pues, explícatelo de una vez.

—Ya lo vé vuesa merced cómo están los monárquicos; es el caso que los conservadores ya no pueden hacer más barbaridades... Los liberales hicieron tantas, según se dice—que yo en esto me lavo las manos,—que no podrían entrar a cara descubierta... Por lo tanto, hácese necesario la formación de un Gabinete intermedio... para un caballero solo...

—¿Y Villaverde?

—Se quedaría en la antesala.

—¡Ah, Sancho! Cuando esperaba oírte decir discreciones y lindezas, oírte decir sandeces; no pareces tú a uel juicioso gobernador de la insula Barataria, sino un gobernador de provincia, como tanti cuantos... ¿Qué importa esa politiquilla; ese juego de partidos, qué importa, digo, al bien de España, madre por cuyo bien y por cuya gloria todos debemos mirar? Así, pues, déjate de entretener con tales pequeñeces y límpia presto mi lanza, ensilla a Rocinante, y adviérte que pronto vamos a salir a recorrer el mundo en busca de aventuras.

—¡Tá, tá, tá! ¿Ahí estamos ahora, señor mío muy amado? Donde menos se piensa, salta un listres. Medrados estamos... Visto está que de todas suertes llega la muerte. Y buenas son las narices del alcalde, que a todo llegan; y tarde y parir hija, bien dijo él, que dijo que del mulo y el loco hay que fiar poco; la cabra tira al monte...

—Calla, Sancho empecatado... Que si no callas, pienso que he de perder mi templanza. Nada hay más enojoso que un necio. Dígame que según van las cosas de España, vale más no hablar de ellas; y que presto nos vamos de aquí, lejos, a buscar aventuras; y es el caso que el turco torna a la pelea y que la cristiandad habrá de combatirle, y hay en el negocio un laberinto, pues que de Creta se trata; un laberinto tal, que ni el que forma con su prosa arcaica y en sonsonete, Castellar, ni los proyectos de presupuesto de Navarro son más enredosos... Vamos, pues; que aquello nos importa un comino, y por lo mismo debemos de abandonar aquí todo cuanto no nos importe... ¡Ah, malvado turco! Ya no les vale esperar un nuevo sultán Suleiman-Kan, que un solo y esforzado caballero habrá de destruirlos, aunque vinieren mil sultanes.

—¡Ah, señor don Quijote! Mire que nada tenemos que ver con solimanes... Más valiera que vuestra merced, en vez de meterse en Crestas...

—Crestas, dirás.

—O lo que fuere, debiera pelear aquí contra la indiferencia pública, contra los caciques...

—Para todo habrá lugar, Sancho...

—Así vivimos en España, esperando; y ahí está Silvela, que espera... ¡Dios sea alabado!

DIALOGO

—¡Vaya un vecino que tengo!
Me finge amistad sincera,
y, con la capa de amigo,
me está dando mucha guerra.

—Y ese hombre, ¿qué es?

—Tocinero;

trata en ganado de cerda.

—Entonces no es conveniente

que con él trato usted tenga.

—Me reclamó, ya hace tiempo...

—¿Algún cerdo?

—Unas pesetas.

—Y ¿por qué?

—Pues porque un día,

según él dice, mi perra

hizo pedazos la capa

del primo de su portera.

—¿Y le dió usted alguna cosa?

—A fin de evitar pendencias

indemnité al primo.

—El primo

lo fué usted.

—Fuí primavera

porque creí que con eso

se acabaría la guerra...

que a cada instante me daba;

pere, amigo, ¡mi por esas!

pues un día fui a quejarme

de que con mucha frecuencia

varios gatos de su casa

entraban en mi despensa,

y me contestó: —Ahora mismo

le diré a la cocinera

que procure en lo posible

tener cerradas las puertas.

Y las puertas se cerraban

mas se abrían las gateras.

Pero falta lo más gordo.

Me dijo una vez que hiciera

reformas en la fachada,

y yo, por no tener gresca,

accedí a hacer las reformas;

cuando, al meter la piqueta...

—¿Qué pasó?

—Pues que el vecino

me vino con exigencias.

—¿Y qué es lo que hizo usted entonces?

—Revestirme de paciencia.

—Pues ¿sabe lo que le digo?

Que, si Dios no lo remedia,

acabarán por tirarse

los trastos a la cabeza.

Vicente RUBIO.

BRINDIS

Los aplaudidos generales Sres. Fulano, Zutano, y Perengano, etc., se han reunido a comer.

La noticia ha causado gran sensación en los Círculos... culinarios.

Y es que todos estamos en el secreto, y sabemos que los citados generales digieren fácilmente lo que comen, y el vino de los banquetes no se les suele subir a la cabeza.

A la galantería de uno de los comensales—cuyo nombre no estamos autorizados a revelar—debemos una copia de los brindis que se pronunciaron en la fiesta.

Hélos aquí, sin añadir por nuestra parte comentario alguno a esas expansiones de sobremesa.

Primer brindis.

¡Concho; estoy incomodado,
y no me falta razón.
¡Haberme a mí relevado!
¡Al héroe del Zanjón!

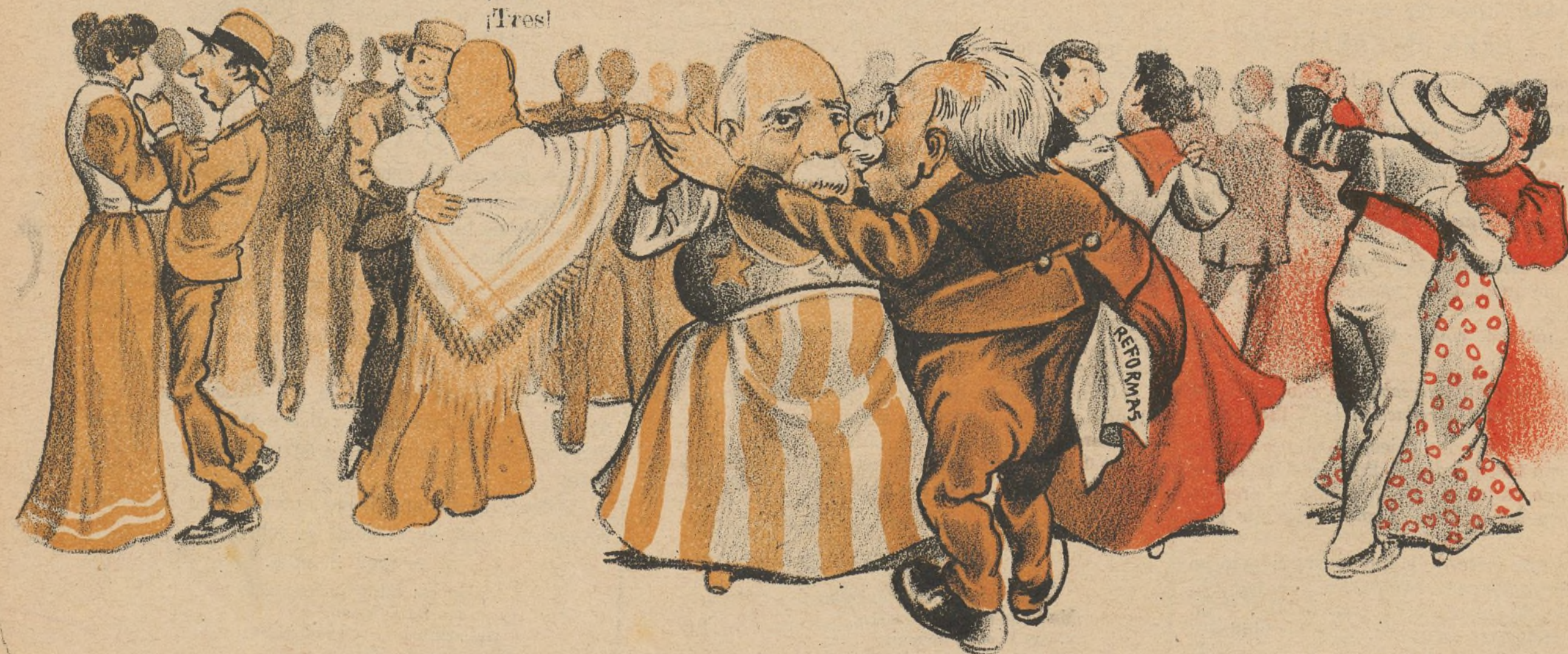


A la Habana me voy
te lo vengo á decir...

EL NUEVO KATIPUNAN



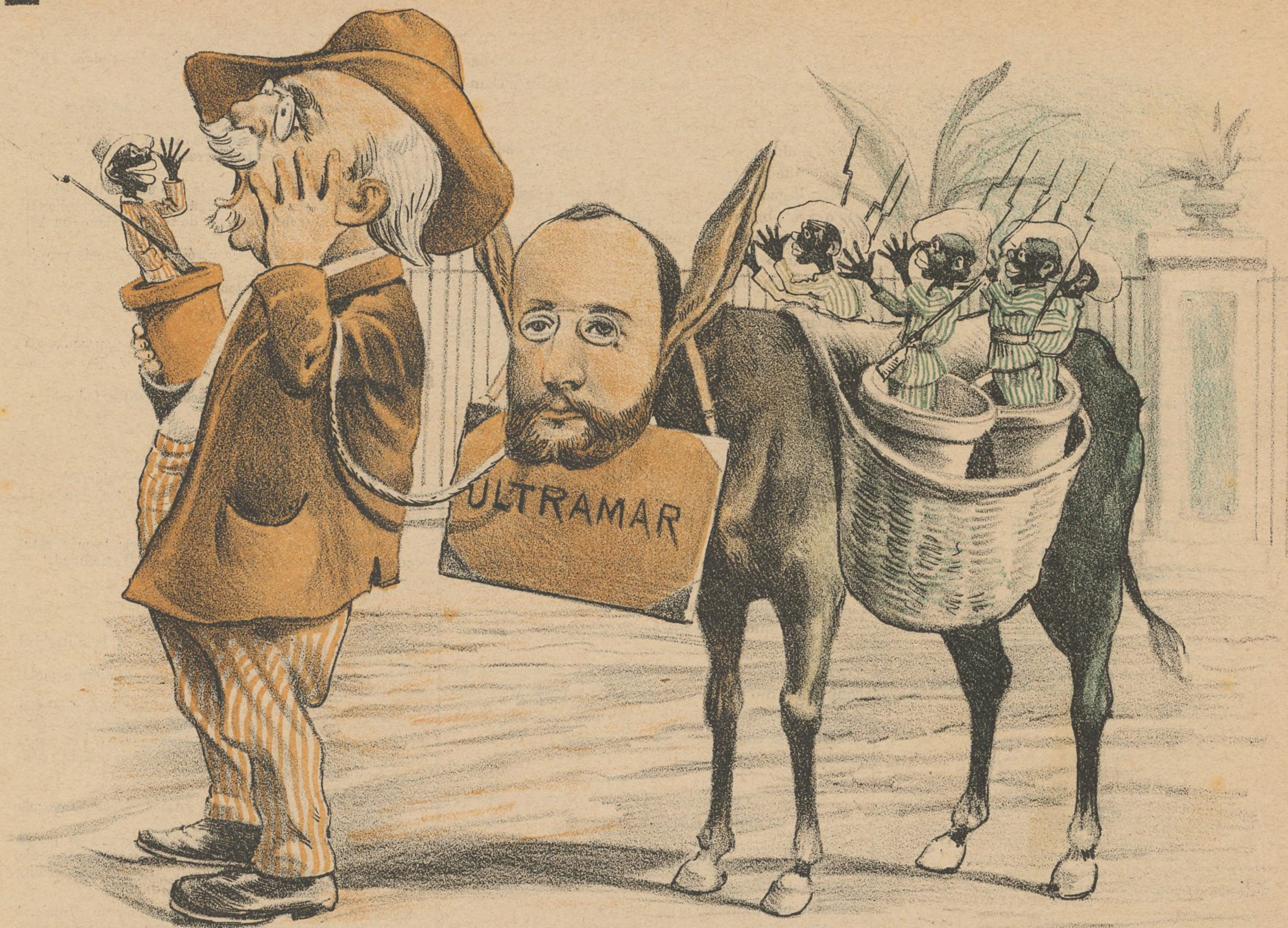
¡Ya somos tres!
¡Tres!
¡Tres!



Y hay joven que cuando bailando va,
enseña la camisa por detrás.



Las reclamaciones de los yankees.



Y yo vendo los tientos de las reformas dobles!



recto de las reformas.



¿Quién se la llevará?

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

Pero juro por mi nombre,
y yo nunca juro en vano,
que ó viene D. Valeriano,
ó sabrán quién es un hombre.

Segundo brindis.

Digo lo mismo que tú;
se me acabó la paciencia,
y juro por esta cruz, (La de su espada.)
que tengo que armár pendencia
con el mismo Belzebú. (1)

Tercer brindis.

Señores: en mucho estimo
todo lo que habéis hablado;
pero soy gato escaldado,
y aunque Primo, no soy primo.
Yo sólo prudencia os pido,
prudencia y mala intención.
Conque ¿me habéis entendido?
¡Pues punto en boca, y chitón!

Cuarto brindis... ¡y no va más!

Todos estamos de acuerdo;
no tenemos más que hablar.
Y ahora juzgo lo más cuerdo
¡que nos marchemos á obrar!

GUAGIRAS

Oye, Prieta, tú que dices
que somos chirigoteros
y que no has visto guerreros
más bravos que los mambises.
Te aconsejo los avises
se encomienden á San Rorro,
pues desde que pasa el Morro,
español que ocupó un puesto,
es un soldado dispuesto
á hacer lo que el de Cascorro.

Cuba ha de ser española
aunque á las barbas se suba,
porque, ¿qué será de Cuba
si España la deja sola?
En la manigua tremola
la bandera del traidor;
pero no nos dan temor
ni las balas ni la peste,
¡cuanto más cara nos cueste
nos parecerá mejor!

Yo por la patria peleo
con coraje y con fiereza,
y nunca siento flaqueza
cuando en la lucha me veo,
sólo al llegar el correo
pienso en mi madre querida,
que la pobre no me olvida,
y me horrorizo al pensar
que á mí me puedan matar,
porque ella pierda la vida.

Cubano filibustero,
que contra tu madre luchas,
porque solamente escuchas
la voz del rencor artero;
más que golpe de tu acero,
que hoy á sus hijos inmola,
siente España, triste y sola,
cual la mayor de sus penas,
que haya una gota en tus venas
de honrada sangre española.

LANZADAS

Efectos de las reformas.

Según noticias de los Estados Unidos, el nuevo presidente, Mac-Kiuley, ha declarado que está dispuesto á reconocer la independencia de Cuba, si al terminar el invierno no se halla pacificada la Isla.

¿Se entra el Sr. Cánovas? Nuestros leales amigos siguen protegiéndolos.

A pesar de las reformas.

De un periódico:

«Se ha puesto en circulación y con gran abundancia una nueva emisión de duros falsos del año 95.»

¿De veras?

Pues bendigamos á los falsificadores.

Gracias á ellos vamos á aumentar nuestro monetario.

El Sr. Fabié ha sido el ponente del Consejo de Estado en la cuestión de las reformas de Cuba.

De modo que ya podrán Uds. figurarse en lo que habrá consistido el informe del alto Cuerpo.

En una especie de cerato simple.

El carlismo ha enmudecido,
hasta Mella se ha callado;
cielos, ¿qué habrá sucedido?
¿Si todo habrá fracasado
después de tanto ruido?

(1) Nota.—Léase Cánovas.

El Sr. López Domínguez reunió á almorzar á sus colegas los príncipes de la milicia Sres. Martínez Campos, Blanco y Primo de Rivera.

¡Y oh terrible decadencia de los espadones!

El tal almuerzo no se le ha indigestado á nadie.

Y es que hay que desengañarse.

Han llegado tan á menos ciertas generales, que el país oye sus bravatas como quien oye llover.

Y es que está convencido de que esos generales «tíen madre.»

«Y se comprimen.»

El maestro de Formentera, que hace cuatro años no cobra, ha tenido que cerrar la Escuela por no poder satisfacer el arriendo del local.

Pero en cambio el gobierno, siempre paternal y solícito, ha encontrado el medio de arbitrar edificio y fondos para establecer en Valladolid el cuarto depósito de sementales.

De modo que, á falta de instrucción, tendremos buenos caballos para padrear.

Y... váyase lo uno por lo otro.

—Y de lo de Creta, ¿qué?

—Pues de lo de Creta, ná;
que triunfarán las potencias,
que son la fuerza, y... en paz.

El Tiempo—reverentemente, por supuesto—truena contra el turno pacífico de los partidos políticos, y pide á la corona un cachito de turrón para los silvelistas.

Digamos con el cesante del sainete:

—¡Qué hambre hace!

Como un eterno adiós, es lastimera
la continua mudéz de Valdamera.

Según los últimos telegramas de Filipinas, nuestros bravos soldados avanzan valientemente hacia Cavite de rrotando por completo á los insurrectos.

¡Viva España!

De un periódico:

«Los Sres. Cánovas y Castellano celebran estos días frecuentes conferencias para ver el medio de arbitrar recursos con que atender á las guerras de Cuba y Filipinas.»

¡De modo que los millones del último empréstito están ya agotados!

Pues... aprovechamos la ocasión para recordar al señor ministro de Ultramar que aún no se han presentado las cuentas del año 96.

Los profesores y alumnos de la Escuela Normal de Valladolid piden á gritos un local donde poder reanudar las clases.

Pero como si no.

Por más que gritan, el gran Linares Rivas no les oye.

El pobrecito está muy preocupado pensando en lo bien que deben sentar á las señoras la nueva moda norteamericana de dorarse las orejas.

Libros:

Al ocuparnos no ha mucho de la novela *Juana la Obrera*, que publica por cuadernos y entregas semanales la casa editorial de los señores Bailly-Baillière é hijos, la recomendamos á nuestros lectores diciendo de ella que era una novela de narración interesante, llena de bellos episodios y sanos pensamientos, y hoy, después de leer los cuadernos 4, 5, 6 y 7, lo repetimos, pues su lectura confirma la opinión que nos había merecido.

La suscripción es por cuadernos ó entregas semanales de abundante lectura, ilustradas con magníficos grabados.

Apuntes sobre la verdadera cuna de Miguel de Cervantes, por Antonio Castellanos, con prólogo del doctor Corral y Mairá.

Folleto muy interesante en el que se demuestra que el Príncipe de nuestros ingenios nació en Alcazar de San Juan.

Precio una peseta.

EL TRIUNFO DE PERICLES

(EXTRAVAGANCIA)

«¿Quién hace de piedras pan
sin ser el Dios verdadero?...
El dinero.»
QUEVEDO.—*Letrilla satírica.*

I

El dinero tiene para los pobres color de rosa, como la ilusión. Para los ricos es negro, como el hastío. Llevado de éste, Pericles—no el famoso ateniense, sino un joven aristócrata madrileño—tuvo antojo de realizar una de esas empresas estúpidas por lo estrambóticas.

En una noche de orgía pidió consejo á los amigos. Los amigos rieron el capricho grandemente.

—Pericles, has perdido la cabeza!

—Eso es como querer coger la luna con las manos!

—No bebas vino, hombre... Te trastorna la cabeza.

Tal le dijeron los caballeros: las damas, alegres sacerdotisas de Venus, celebraron la ocurrencia con grandes risotadas.

—¡Oh, Pericles bien amado!—le dijo una de las señoras que conocía los clásicos de la antigüedad.—¡Esas relaciones tuyas, serán más célebres que las de tu homónimo con Aspasia.

—Reid lo que queráis... Ya veréis si realizo mis propósitos... Aunque me arruine.

Un comensal afirmó con tono sentencioso:

—¡El dinero todo lo puede!

II

Seguido de un sereno y de una pareja de individuos del Cuerpo de Seguridad, presentóse Pericles el día en que finalizaba el plazo de la apuesta.

La aparición del joven y sus acompañantes, fué saludada con estrepitoso entusiasmo.

—¡Ave, Pericles, vencedor!

—¡Dios mío! ¡Viene preso!

—¿A qué le seguirán esos ciudadanos?...!

—¡Já! ¡Já! ¡Já! El famoso Pericles entre esbirros!

—Orden, ilustres bohemios—gritó Pericles, dando de plano con su sombrero de copa sobre la mesa.

El concurso cesó en su algazara.

Vengo á daros cuenta de mi aventura: la más estúpida que se registra en los anales de la Humanidad.

—¿Ganaste la apuesta?..

—¡Silencio!..

—¡A callar!

—¡Que hable!

—Orden, señores! ¡O pido el auxilio de la autoridad aquí presente!..

Los guardias y el sereno sonríen con orgullosa complacencia.

Pericles, aprovechando un momento de calma, prosigue:

—Estos señores—y señala á sus acompañantes—vienen aquí á dar público testimonio de mi hazaña, que, con la modestia que me caracteriza, no califico de grandiosa, porque ella sola se basta y se...!

—¡Al grano! ¡Al grano!

—Al grano voy; es decir, á la estatua. Escuchadme, ¡oh, jóvenes incantos é incrédulos!

No sé cuántas noches hace; ello es que en una en que ya tarde me había retirado de vuestra agradable compañía, marché, como de costumbre, calle de Alcalá arriba, camino de mi casa.

La noche era cruda: reinaban la oscuridad y el silencio; el alumbrado público agonizaba con bostezos luminosos entre el velo neblinoso que envolvía la corte.

La fuente de la Cibeles, á tales horas y con tal niebla, dejaba sólo entrever borrosa la silueta de diosa, carro y leones.

Me detuve no sé por qué, y cual un provinciano, quedéme con la boca abierta en la contemplación de una de las pocas obras escultóricas de que puede enorgullecerse la corona de la villa.

Estuve así un gran rato: ya los húmedos cendales de la noche iban tibiamente iluminándose con claridad tristonía, cuando continué mi marcha.

Llegué á casa, me sepulté entre sábanas y soñé... con que la diosa Cibeles, la propia diosa de piedra, era mi amante.

Y ya os conté mi deseo de que lo que fué pesadilla, se convirtiera en realidad.

Una burlona carcajada acogió el exordio de Pericles.

III

—Pues, señor—y no va de cuento—decidí formalmente abordar á la fría é impasible señora de mis pensamientos; trocar su altivo gesto de reina del Olimpo por el más plácido de amante en la tierra; obligarla á levantarse de su carro triunfal, y que sus brazos marmóreos me estrecharan con aquel dulce afán amoroso con que Elena estrechó á Paris.

Que esto era digno de un cerebro á lo Edgar Poe, á mí mismo se me alcanzaba; y aun hube de preguntarme si no sería mejor, que perder el tiempo en rendir tal dama, marcharme á Leganés; pero no desistí: la diosa Cibeles me atraía y despertaba en mí una pasión pura, una fe ardientísima.

Dispuse mi plan; escogí la noche como la más propia para conquistar á la señora de Saturno.

La primera vez me conformé con dar unas cuantas vueltas alrededor de la barandilla que circuye el tazón de piedra.

Suspiré y hablé á mi dulce dueño con tonos apasionados, pero ¡ay!, el dulce dueño que «en carroza triunfal rompe hacia el Praio», permanecía impasible, como si tal cosa.

Al abandonar á mi amada, la dije con voz recia:

—Veinte mil duros si me otorgas tu amor!..

Nadie contestó á mi proposición; es decir, sí, uno de los señores, murmuró:

Pericles señaló á los guardias.

—¡Vaya un señorito loco!

A la noche siguiente repetí la escena, y noté que la buena diosa hacia de mí tanto caso como del moro Muza.

Al despedirme, la dije:

—¡Cincuenta mil duros si me amas!

Así continué una y otra noche duplicando mi oferta, hasta que ya, cansado de tanta indiferencia, ayer la dije con voz extortora:

—¡Toda mi fortuna: un millón de duros si me das un abrazo.

Y la Cibeles, señores, levantóse de su carro, y como ser incorpóreo, deslizo por la superficie líquida que llenaba el tazón de la fuente, y tendiéndome los brazos, me estrechó dulcemente contra su seno, el más duro, frío y casto que estrecharon nacidos.

Y ahora, reios cuanto gustéis del poder del dinero.

Alejandro Larrubiera.

Imprenta de Diego Pacheco, Plaza del Dos de Mayo, 5.